

¿Tres saetas o seis?



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

¿Tres saetas o seis?

Nº 2303

Un sermón predicado la noche del Jueves 25 de Abril de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y también leído el 9 de Abril de 1893).

“Y le volvió a decir: Toma las saetas. Y luego que el rey de Israel las hubo tomado, le dijo: Golpea la tierra. Y él la golpeó tres veces, y se detuvo. Entonces el varón de Dios, enojado contra él, le dijo: Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado a Siria hasta no quedar ninguno; pero ahora sólo tres veces derrotarás a Siria”. — 2 Reyes 13:18,19.

Es una tarea muy difícil señalar el punto de encuentro del propósito de Dios y de la libre agencia del hombre. Una cosa es bastante clara, que no debemos negar ninguno de los dos hechos, pues ambos son reales. Es un hecho que Dios ha diseñado todas las cosas tanto grandes como pequeñas, y no sucederá nada que no sea de acuerdo a Su propósito y decreto eternos.

También es un hecho firme y cierto que, a menudo, los eventos están vinculados al arbitrio de los hombres. Su voluntad tiene una potencia singular. En el caso que tenemos ante nuestra consideración, las saetas estaban en las manos del rey de Israel; y dependiendo de las veces que golpeará el suelo: una vez, dos, tres, cinco o seis veces, así se vería afectada la historia de la nación.

Ahora, cómo es que pueden ser verdad estas dos cosas a la vez, no puedo decírselos; probablemente, incluso después de un prolongado debate, tampoco podrían hacerlo los hombres más sabios en el cielo, ni siquiera con la ayuda de los querubines y serafines. Si pudieran explicárselos, ¿qué sabrían ustedes, y de qué manera se beneficiarían si pudieran descubrir este secreto? Yo creo que sería tan difícil mostrar que estas dos cosas no

concuerdan, como lo es demostrar que concuerdan. Son dos hechos que corren lado a lado, como líneas paralelas.

A menudo las cosas son dejadas a la voluntad de los hombres; sin embargo, todo llega a suceder al final de acuerdo a la voluntad de Dios. ¿No pueden creer en ambos hechos? ¿Y acaso no es el espacio entre ellos un lugar muy conveniente para arrodillarse, y adorar y reverenciar a Aquel a quien no pueden entender? Si pudiesen entender su religión, sería una religión que no procedería de Dios; habría sido hecha por un hombre de capacidad limitada, como ustedes mismos, y por eso sería capaz de hacer algo que ustedes pudieran comprender; pero, como hay misterios en su fe cuya cumbre es inaccesible, den gracias porque no necesitan subir allí.

Sin embargo algunas veces surge efectivamente una pregunta práctica acerca de estos dos puntos. Es correcto decir, hablando a la manera de los hombres, “si los hombres son sinceros, si los hombres son creyentes, si los hombres son piadosos, recibirán tal y tal bendición”; y si la bendición no llegara podría ser atribuible correctamente al hecho que no fueron tan creyentes ni tan piadosos como debieron serlo.

Yo creo que Dios salvará a Sus propios elegidos, y también creo que si yo no predicara el Evangelio, la sangre de los hombres sería colocada a mi puerta. Yo creo que Dios le dará a Su Hijo ver el fruto de la aflicción de Su alma; mas sin embargo, si ustedes que son Su pueblo, no son sinceros al buscar la salvación de las almas, y ellas perecieren, su sangre será demandada de sus manos. Esta observación parece ser sugerida por la historia que tenemos delante de nosotros. Dios sabía cuántas veces los sirios serían derrotados, y sin embargo dejó que el rey Joás decidiera si debían ser vencidos tres veces o seis veces.

A continuación, reflexionen sobre cuán grandes cosas pueden descansar en la mano de un hombre. Allí estaba Joás, un rey indigno; y sin embargo, en sus manos descansaba, de manera medible, el destino de su pueblo. Si hubiera tomado esas saetas, y hubiera golpeado cinco o seis veces, su gran enemigo hubiese sido hecho pedazos. Si era tardo y golpeaba sólo tres veces, obtendría únicamente una victoria limitada; y el pobre Israel tendría que sufrir nuevamente por causa de su enemigo, que sólo habría sido herido ligeramente, y no habría sido eliminado.

Ustedes desconocen, queridos amigos, cuál es la responsabilidad que recae sobre ustedes. Tú eres un padre de familia; ¡qué bendiciones pueden visitar tu hogar, o pueden dejar de ser recibidas por tus hijos, a través de tu conducta!

Querida madre, tú te consideras insignificante en tus conocimientos, y sin embargo el futuro de tu hijo dependerá de que le enseñes o que no le enseñes. Grandes eventos dependen de asuntos pequeños, así como grandes vasijas cuelgan de pequeños clavos; y ustedes que están presentes en esta noche, sentados en sus bancas, y meditando en su futuro curso de acción, pueden hacer lo que conduciría a muchos al cielo; pero si escogieran otra vía, podrían hacer lo que maldeciría a muchos a lo largo del tiempo y la eternidad.

Recuerden eso, y tengan presente en qué posición de responsabilidad pueden encontrarse muchas veces en su vida, y cuán necesario es que la gracia de Dios los acompañe para guiarlos, para que no lesionen a los demás por sus acciones u omisiones.

Además, observen cuán grandes resultados son producidos por actos muy pequeñitos. ¿No es cierto que era algo sin importancia disparar una saeta con un arco? Tu hijo lo ha hecho muchas veces en sus vacaciones. Ha tomado su arco, y ha disparado su flecha casera al aire. Esto es lo que se requería que hiciera el rey de Israel, que desempeñara una fácil y común hazaña de arquería, consistente en disparar a través de una ventana abierta y apuntar sus flechas al suelo abajo; y sin embargo, la victoria o la derrota de Israel dependían del disparo de estas flechas.

Así hay algunos que creen que oír el Evangelio es algo sin importancia. La vida, la muerte y el infierno, y mundos desconocidos dependen de predicar y de escuchar un sermón. Oír atentamente, y no distraerse en el sermón, podrían parecer algo muy insignificante; y sin embargo, de la comprensión de la palabra puede derivarse la obtención de la fe o la ausencia de fe, y por tanto, la salvación que viene por fe.

En nuestros asuntos que nos parecen nimios, a menudo estamos sacudiendo mundos. Eso que parece una acción grandiosa podría resultar en una pompa de jabón, y nada más; y sin embargo, una pequeña ocasión

podría resultar en algo grande en sus consecuencias. La madre del mal no es más grande que un huevo de una mosca de agua; y el comienzo de la gracia no es más grande que el grano de mostaza. Por lo tanto, no menosprecien las cosas pequeñas, pues de estas cositas dependen las cosas mayores, incluso las cosas grandiosas de la condición eterna.

Me parece que esa lección está colocada en el propio umbral de nuestro tema de esta noche; pero no podemos detenernos en el umbral. Debemos adentrarnos en el tema mismo.

I. Primero, permítanme hablar de **ALGUNOS ASUNTOS QUE MUCHOS HOMBRES INTERRUMPEN DEMASIADO PRONTO**. Hay algunos que, teniendo grandes oportunidades, —y todos las tenemos— golpean únicamente tres veces cuando deberían disparar cinco o seis veces.

Uno de estos asuntos es la guerra en contra del mal interno. Algunos, tan pronto como comienzan su vida cristiana, ponen unas flechas en el arco, y abaten a seis grandes pecados, tal como maldecir, o la ebriedad, o la inmundicia descarada. Cuando han disparado esas tres veces, consideran que los otros enemigos que permanecen dentro de ellos pueden ser tolerados.

Hermano mío, debiste haber golpeado cinco o seis veces. El mal carácter aun permanece dentro de ti, y debe ser vencido; o permanece todavía una naturaleza rencorosa que debe ser eliminada. No se puede ir al cielo cargando con esa maldad todavía viva. O eres orgulloso y confías en ti mismo. ¿No tienes una flecha para ese mal?, pues Dios odia al orgullo, y lo mismo deberías hacer tú.

Pero algunas personas dicen: “bien, tú sabes que así es mi constitución”. Entonces debes ser constituido de manera diferente, pues de otra manera no llegarías al cielo. “¡Oh!” —dirá alguno— “ese es el pecado que me acosa”. ¡Cuán a menudo se usa esto como una excusa! Si yo tuviera que atravesar la Plaza Clapham esta noche, y una docena de hombres me rodeara y me derribara y me robara, sería verdaderamente acosado por ellos; pero si me detuviera en mi casa, y los invitara a entrar, y les ofreciera un festín, y les permitiera que me robaran, no podría hablar de que estoy siendo asediado, pues yo los habría invitado allí.

Algunos profesantes de la fe toleran su pecado; lo repito, toleran su pecado. Uno dice: “bien, verás, siempre fui de un carácter irascible”. Debes controlarlo, hermano mío. Otro dice: “siempre he sido muy irritable”. Debes deshacerte de esa irritabilidad, mi querido amigo; la gracia de Dios debe enseñarte a superar ese mal hábito. Pecamos, pero no debemos tolerar ningún pecado. Arruinaría al hombre que se quedara tranquilo y dijera: “no puedo vencer ese pecado”. Debes vencerlo; cada pecado debe ser vencido; si has golpeado tres veces, y te detienes, no debes quedarte satisfecho.

Esta noche el hombre de Dios no les proporcionará ninguna paz si esa fuera la condición de ustedes; sino que les dirá: “debiste de haber golpeado cinco o seis veces”. Cada pecado debe ser barrido por completo, pues Cristo murió, no para salvarnos en nuestros pecados, sino para salvarnos de nuestros pecados.

Hay algunos que golpean tres veces, y luego dejan de hacerlo con relación al conocimiento cristiano. Ellos conocen la sencilla verdad de la justificación por fe; pero no quieren saber mucho acerca de la santificación por el Espíritu de Dios.

¿Por qué no, hermano mío? ¿Puedes ser salvado sin que seas santificado? Algunos están perfectamente satisfechos con volver a poner los primeros principios, y siempre están repasándolos; pero no quieren saber nada más. Les suplico que se esfuercen para ser educados en las cosas de Dios. No leas únicamente el primer abecedario: “Cree y vivirás;” prosigue con la lectura de los eminentes clásicos de la santidad y comunión. Busca estar bien establecido en la fe, y “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”. Sé un estudiante diligente de la Palabra; entrégate enteramente a ella. Permanece sumergido en la verdad divina hasta que te coloree al revés y al derecho.

Además, algunos pecan de esta manera con relación a los logros cristianos. Tienen poquita fe, y dicen: “la fe del tamaño de un grano de mostaza te salvará”. Eso es verdad. ¡Dios no quiera que yo desaliente a los pequeñitos! Pero, ¿deberás ser siempre un pequeñito? Un grano de mostaza no sirve de nada si no crece; tiene el propósito de crecer para que se convierta en un árbol, y los pájaros se alojen en sus ramas.

Vamos, mi querido amigo, si tienes poquita fe, no descanses hasta que tengas mucha fe, hasta que tengas plena seguridad, hasta que tengas la total seguridad de entendimiento. Tú amas a Cristo; pero, ¿por qué no amarlo más? Tú tienes esperanza; pero, ¿por qué no tener una expectativa más clara? Tú tienes un poco de paciencia; pero, ¿por qué no tener abundancia de gracia para soportar la aflicción, y para gloriarse también en las tribulaciones? “¡Oh, yo no puedo llegar a eso!” De verdad, el hombre de Dios no está enojado esta noche; pero se enojaría un poco contigo si creyera que quisiste decir lo que dijiste. Tú puedes llegar a eso; debes llegar a eso. No puedes contentarte sin alcanzar el premio de tu supremo llamamiento en Cristo Jesús; debes correr y avanzar y no quedarte satisfecho a menos que alcances un progreso diario en la vida divina.

Además, otros parecen quedarse satisfechos con poca utilidad. Llevaste un alma a Cristo, ¿no es cierto? ¡Oh, que anhelaras llevar otra más! ¿No recuerdas lo que dijo el general en la guerra, cuando un soldado cabalgó hasta él y exclamó: “le hemos quitado un cañón al enemigo”? El general respondió: “quítenle otro”. Si has llevado un alma a Cristo, deberías tener hambre y sed de llevar otras más. Has estado involucrado en la escuela dominical. Sigue haciéndolo; haz crecer tu clase, y no descanses hasta que todos tus niños y niñas sean salvos. Algunas veces predicas en las aldeas. Predica con el doble de frecuencia; podrías hacer eso sin que te fatigaras.

Algunos queridos amigos sólo tienen suficiente gracia y suficiente utilidad para servir como especímenes de lo que deberían hacer. He oído sobre uno que habiendo ido a París, entró a un restaurante, y pidió un bistec. Le llevaron alguna porción en un plato, y la levantó toda con el tenedor de una vez y dijo: “sí, esto es lo quiero; tráiganme la orden completa”.

La utilidad de algunas personas sólo sirve como un bocadillo para una persona realmente entregada. Les decimos a los tales, “sí, eso es precisamente lo que queremos; tráigannos más de eso”. ¿Por qué no están haciendo mucho más? Han hecho más que otros, pero, ¿por qué se detienen al tercer golpe? “Al dar cinco o seis golpes. . ”.

Y este espíritu se manifiesta muy vívidamente en la oración. Ustedes oran; de lo contrario no serían del todo hijos vivos de Dios; pero, ¡oh, necesitamos más poder en la oración! Has pedido una bendición; ¿por qué

no pedir una bendición mucho mayor? Necesitamos más cristianos del tipo de la viuda importuna; esos se han vuelto muy escasos en estos días. Me gustaría ver a los sucesores de esa mujer, esos que no dejarían ir al Rey a menos que los bendijera, que se aferran al ángel, como lo hizo Jacob, y luchan toda la noche hasta que reciben la bendición.

Has hecho bien en orar; pero debiste haber orado mucho más. ¡Cuántas bendiciones están esperando, cuántos tesoros están disponibles en la mano de Dios para el hombre que dobla su rodilla y se queda en el propiciatorio hasta que gana su caso ante Dios!

La Iglesia de Dios, como un todo, es culpable en este punto en cuanto a sus planes para la gloria de Dios. La Iglesia está haciendo mucho más ahora de lo que antes hacía; pero incluso ahora, aunque golpea tres veces, podemos decirle: “Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado. . .”. ¡Oh, que la Iglesia de Cristo tuviera una ambición ilimitada de conquistar al mundo para su Señor! ¡Oh, que no descansáramos nunca ni de noche ni de día hasta que nuestros vecinos conocieran al Salvador, hasta que los pecadores de cualquier clase fuesen conducidos a saber que hay Dios en Israel!

¡Levántense rápido, ustedes que han hecho muy poco, iglesias que se han quedado satisfechas con remover de vez en cuando el estanque bautismal, y con agregar media docena de personas al año! ¡Oh, necesitamos clamar a Dios, y trabajar para Dios, de una manera diferente de lo que lo hemos hecho en el pasado!

Se me acabaría el tiempo si que me quedara en este punto. Ustedes mismos pueden pensar en muchos asuntos en los que comenzamos bien, pero luego nos detenemos.

II. Pero ahora, en segundo lugar, permítanme hablar de LAS RAZONES PARA ESTE ALTO. ¿Por qué los hombres se detienen por completo tan pronto?

Algunos de ellos afirman que tienen miedo de ser presuntuosos. Tienes miedo de ser demasiado santo, ¿no es cierto? Desecha tu temor. Tienes miedo de pedir demasiada gracia; deberías tener miedo de tener demasiado

poca. Tienes miedo de vencer al pecado; tiembla de miedo más bien por un pecado que no hayas conquistado. No existe presunción cuando se toma la más grande promesa de Dios, y se argumenta con ella, y se espera su cumplimiento.

Tal vez alguien diga: “no tengo la habilidad natural de hacer más, o de gozar más”. ¿Qué tiene que ver la habilidad natural con todo esto? Cuando todas tus habilidades naturales estén en la tumba, y sólo mires a la fortaleza espiritual de Dios, entonces verás cosas mayores que estas. Te ruego que no hables así.

Otro dirá: “bien, me estoy volviendo viejo, no puedo golpear como solía hacerlo”. Bien, querido amigo, si te quieres volver viejo, la forma más segura de hacerlo es volverte viejo. Quiero decir esto: si piensas que no puedes hacer lo que solías hacer, y renuncias a tus compromisos religiosos porque te estás volviendo viejo; si abandonas la predicación porque eres muy viejo; si desistes de la escuela dominical porque eres muy viejo; entonces envejecerás muy rápido: esa es una forma segura de que te hagas viejo.

Mira a nuestros estadistas, y advierte hasta qué edades continúan trabajando. Una razón es que continúan trabajando; si se rindieran, tendrían que renunciar. Pero con sólo que perseveremos, demostraremos que hay vida todavía en los perros viejos. Aún podemos hacer algo por la causa de Dios aunque el cabello se torne gris, y la voz se debilite. No convirtamos nuestra edad en una excusa mientras no llegue al punto de estar impedidos realmente para continuar con nuestra labor por Él: entonces podremos hacer otra cosa para servir al Señor, y así produciremos fruto incluso en la vejez.

¿Quieren que les diga las verdaderas razones por las cuales se detienen los hombres en su labor? En relación a algunos, es porque dependen demasiado de sus semejantes. Este rey Joás pudo disparar cuando Eliseo puso su mano sobre la suya; probablemente Eliseo hizo eso sólo una vez, y luego lo dejó solo, y dijo: “ahora, dispara tú”. Entonces el rey disparó sólo tres veces.

Hay muchos cristianos que son demasiado dependientes de sus ministros, o de algún anciano de la iglesia que les haya ayudado a seguir

adelante. Cuando se hubiere muerto o se hubiere ido, o cuando hubiese cambiado su residencia, entonces ya no dispararían más. Yo quisiera que ustedes, queridos amigos, no tuviesen que ser acarreados toda su vida. No objetamos a ser padres de crianza o madres de crianza de los niños; pero necesitamos que los que hayan crecido corran solos. ¿Qué pensaría cualquier padre aquí presente si tuviese que cargar a su muchacho que tuviera veintiséis años? Sería tiempo que prosiguiera sobre sus propios pies.

Hay algunos miembros de la iglesia que todavía necesitan tener siempre la influencia de alguien que sea un superintendente para ellos, tal como Eliseo lo era para Joás en sus golpes. No permitan que suceda así con ustedes; disparen, con la ayuda de Dios, y sigan disparando hasta que sus flechas se hubieren terminado.

Otra razón por la que algunos se detienen es que se contentan demasiado pronto. Joás pensó que había hecho muy bien las cosas cuando golpeó tres veces, y que Eliseo le daría palmaditas de felicitación en la espalda, y le diría: “¡qué bien lo has hecho!” Ese tipo de sentimiento se desliza en muchos obreros del Señor. Se imaginan que ya han completado su tarea, y que su horario ha terminado; ahora dejarán que alguien más tome su turno. ¡Y han cumplido con la tarea muy bien, además!

¡Ah, sí, el poder de hacer algo más se escurre a través de la gotera del contentamiento con lo que ya han hecho! No hemos hecho nada lo suficientemente bien como para decir: “consumado es”. Todavía hay mucha tierra que tiene que ser poseída; y, en el nombre de Dios, proscribamos de nuestros corazones todo contentamiento con nuestros logros, o con nuestros servicios, y hagamos mucho más que lo que hemos intentado hacer hasta el momento por ese amado Señor, que nos ha comprado con Su sangre preciosa.

Me atrevo a decir que Joás también dejó de disparar porque era incrédulo. No podía ver cómo los disparos de las flechas podrían afectar a los sirios; y necesitaba verlo.

Oh, hermanos y hermanas, ninguno de nosotros cree suficientemente en Dios. Crean en Dios al máximo. De esta manera serán obreros exitosos, y llevarán a cabo grandes cosas para Dios. Nadie conoce las posibilidades que

yacen a sus pies. Es imposible medirlas; únicamente la incredulidad puede contraerlas. Recuerden que incluso Cristo no hizo muchas obras poderosas en Su propia tierra por la incredulidad de la gente; y nada nos impide desarrollar un trabajo para Él como la incredulidad en el siempre Bendito.

No me sorprendería que Joás hubiera sido también demasiado indolente para golpear cinco o seis veces. No estaba en humor de golpear. Ahora, siempre que no te sientas en humor de orar, entonces ha llegado el momento en que debes orar el doble. Si no te sientes en humor de recibir tu clase, debes decirte a ti mismo, “debes realizar tu mejor esfuerzo. ¡Yo te obligaré a que lo hagas, mi pobre carne haragana!”

Escuché acerca de una persona que, estando muy débil para caminar al templo, se detuvo, y le dijo a sus piernas: “¡vamos, ustedes me llevaron a lo largo de muchos buenos kilómetros para ir al teatro; yo las obligaré ahora a llevarme a la casa de Dios!”

Lo mismo podemos decir entre nosotros y aun a nosotros mismos, “fuimos lo suficientemente activos cuando corríamos a nuestras diversiones, e íbamos con la frívola multitud para hacer el mal; ahora seremos activos en el servicio de nuestro Dios”. Ninguno de nosotros llegará jamás al cielo sobre una cama de plumas; no, se trata de una peregrinación que va desde este lugar hasta las puertas de perla.

Joás probablemente tenía también demasiado poco celo. No estaba completamente despierto, no estaba totalmente atento, no le importaba la gloria de Dios. Si podía derrotar a los sirios tres veces, eso sería más que suficiente para él. Pensaba que ellos habrían sufrido lo suficiente, también; y así, soltó su arco y sus flechas.

Me pregunto si estoy hablando a alguien que haya estado levantando su arco y sus flechas, algún hermano que haya decidido que se retirará de la escuela, o a uno que tiene tanto que hacer en el mundo que tiene que abandonar la estación misionera en la aldea. Si es así, que reflexione sobre este tema, y se pregunte si no fue enviado aquí esta noche a propósito, para que se le diga que tiene que disparar cinco o seis veces, y hacer mucho más de lo que ha hecho. Dios habla a los hombres aquí a menudo; y muy categóricamente a veces.

Algunos me han escrito para saber quién me dijo todo lo relacionado a ellos, cuando no he oído nada acerca de ellos en mi vida. Dios habla a las conciencias de los hombres por medio de sus siervos; y yo le pregunto a cada hijo de Dios aquí si esto no es un mensaje procedente de la excelente gloria: “sigan adelante; prosigan en tanto que haya vida en ustedes; sigan creciendo en gracia, y avanzando en el servicio de Cristo”.

III. Y ahora, en tercer lugar, y muy brevemente, adviertan EL RESULTADO LAMENTABLE DE DETENERSE.

Cuando Joás hubo disparado tres veces, se detuvo; y por eso la bendición se detuvo. Disparó tres veces, y tres veces Dios le dio la victoria. ¿Pueden ver lo que está haciendo cuando se detienen? Están deteniendo el tubo conductor por medio del cual el río de la bendición fluye hasta ustedes. No hagan eso; no es necesario que se empobrezcan ustedes mismos.

Ustedes sufrirán las consecuencias, al igual que el rey; pues después de tres victorias, el poder rival pasó al frente otra vez. Sufrirían de muchas maneras si dejaran de recibir los suministros diarios de la gracia de Dios, o cesaran de disparar las flechas en contra del pecado.

Otros sufrirán con ustedes también. Todo Israel se encontró en una peor situación cuando Joás dejó de golpear las flechas. Sus hijos, sus vecinos, sus amigos; ¿quién puede decir cuántos podrían sufrir porque ustedes sean débiles en gracia, y en el servicio del Dios de la gracia?

Entre tanto, el enemigo triunfó. Hay gozo en el infierno cuando un santo se vuelve ocioso; hay alegría entre los demonios cuando cesamos de orar, cuando nos volvemos débiles en la fe, y enclenques en la comunión con Dios.

Y resultó todavía peor porque Jehová mismo fue deshonrado. Los adoradores de los falsos dioses triunfaron sobre Israel, y el infinitamente glorioso Jehová no manifestó Su poder como podría haberlo hecho. No le robemos a Dios Su gloria, pues ese es el peor de los robos; debemos vivir de tal manera que toda la gloria posible sea dada al siempre bendito Dios por pobres criaturas como nosotros.

Además, se perdieron gloriosas posibilidades. Vean cuántas gloriosas posibilidades hay delante de ustedes; no permitan que permanezcan allí sin ser tocadas. Si fueras pobre, y hubiera una mina de oro en el jardín de tu casa, y sólo se requiriera del uso de una azada para hacerte rico, ¿no lamentarías haberla olvidado por tanto tiempo?

¡He aquí, las benditas promesas de Dios están delante de ustedes! Ustedes hijos de Dios podrían ser ricos, y benditos y felices; ¿dejarían de trabajar en esta mina? Ustedes, pecadores, que apenas han comenzado a buscar al Salvador, búsquenlo más sinceramente, aférrense más cercanamente a Cristo, y pronto obtendrán la bendición. ¿Acaso será su propia mano la que los deje fuera del reino? No permitan que así sea.

IV. El tiempo me advierte que debo concluir; pero debo decir unas cuantas palabras acerca DE LA CURA PARA LA PAUSA.

Si hacemos una pausa en nuestro santo servicio, o en acercarnos a Dios, o en extraer la médula de las promesas, recuerden que el enemigo no se detendrá. Ustedes no pueden lograr que el tráfico de las copas de licor se detenga; no pueden hacer que la prostitución de Londres detenga sus tentaciones; no pueden hacer que los infieles se detengan; no pueden lograr que los que inducen a la gente al declive doctrinal se detengan. Todos estarán haciendo su trabajo, con todo su poder, buscando hacer el mal contra el reino de nuestro Señor Jesucristo; y enfrentas la misma decisión que el capitán escocés presentó a sus hombres; “muchachos” —les dijo— “ustedes ven al enemigo allí; si no lo eliminan, ellos los matarán”. Si ustedes no vencen a los poderes del mal, los poderes del mal los vencerán a ustedes.

¡Oh, que Dios nos conceda no tener dudas acerca de nuestra elección; sino que, por el poder del Espíritu, sigamos disparando las flechas de la liberación de Dios hasta que Cristo mismo venga!

Una cura para esta pausa radica en la reflexión de que para otras cosas somos generalmente ávidos. Si un hombre se involucra en los negocios, toda su vida está allí; si un hombre se dedica a ciertos estudios, se esforzará por entenderlos; ¿y haremos la obra del Señor con un corazón a medias, y,

en los asuntos de la gracia menospreciaremos las cosas, y sólo haremos tan poco como podamos? ¡Que el Señor nos libre de ese espíritu!

Un poco de religión es algo muy peligroso; tienen que beber profundamente si quieren alcanzar su dulzura. Es amarga en su superficie; pero cuando la beben hasta el propio fondo, sus sedimentos son el licor más escogido para el espíritu desfalleciente. ¡Que Dios nos conceda conocer la esencia misma de la religión, pues allí es donde radica su dulzura!

Y, finalmente, esta pregunta debería impedirnos que nos detengamos: ¿podemos hacer alguna vez lo suficiente por nuestro Salvador? ¿Se detuvo Él en algún lugar? ¿Dio la instrucción de hacer un alto cuando la obra se encontrara a la mitad? ¿No afirmó Su rostro para ir a Jerusalén? Cuando los azotes cayeron, Él no retrocedió ni nos abandonó. Cuando los clavos traspasaron Su manos y pies, Él no nos dejó. Cuando llegó a ser abandonado por el Padre, Él no nos abandonó; sino que completó Su obra hasta que pudo decir: “Consumado es”.

¡Oh, que cada uno de nosotros resuelva que quiere completar su parte de la obra, diciendo: “he alzado mi mano para el Señor, y no puedo volver atrás”!

Y tú, que todavía no has creído en Cristo, ¡que seas conducido a creer en Él, que murió por el culpable! Entrégate a Él, que murió en el madero; y habiendo hecho eso, cuando te hubiere visto y dijere: “Tus pecados te son perdonados,” míralo a Él y di: “yo te bendigo por esa bendita palabra, mi Señor, y ahora voy a servirte todos los días de mi vida”. ¡Que el Espíritu que da vida agregue el reavivamiento divino a estas débiles palabras, y los ponga a todos ustedes a golpear cinco o seis veces, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

